

Devoción que S. Juan de la Cruz tuvo al misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima

Después de la devoción de las tres Personas Divinas y de los misterios de nuestra Redención, fué singularísima y tiernísima la que San Juan de la Cruz tuvo a la Virgen Nuestra Señora y la más antigua. Porque, como él decía después a personas muy familiares suyas, desde que esta piadosísima Señora con tanta benignidad le socorrió, cuando, siendo niño, cayó en el pozo, y con sus virginales manos le sustentó para que no se ahogase, le cobró tan grande amor, que le duró toda la vida. Y quedó tan estampada en su memoria aquella rara hermosura, que en ella había visto, que aun después, de hombre, se acordaba de ella. Cuando miraba alguna imagen suya, recibía particular consuelo, y el singular amor que le tenía, mostraba de mil maneras. Desde aquella tierna edad decía que le había tenido por verdadera madre, y por ser tan particularmente suya la Religión Carmelitana, tomó antes en ella que en otra el hábito de religioso. Cada día rezaba su oficio de rodillas, en todas sus pláticas le eran muy familiares las alabanzas de la Virgen, y hablaba de ella con muy gran ternura, mostrando en las palabras y en el afecto con que las decía, cuán entrañada tenía en el corazón su devoción y amor.

Cuando se sentía cansado o triste, era para él como pictima cordial renovar la memoria de la Virgen y así tenía para esto algunos medios, que su devoción hallaba más a mano; como muchos versos del libro de los «Cantares», que los sagrados Doctores declaran de la Virgen, y algunas canciones muy sentidas, hechas en su alabanza, con las cuales se recreaba en la soledad y socorría al consancio de los caminos. Celebraba sus festividades con gran devoción y alegría. En todas sus necesidades y peligros acudía a ella con la confianza que suele acudir un hijo a su madre, para que le socorriese. Y la serenísima Señora hacía con piedad maternal cierta su confianza, como él lo experimentó en innumerables ocasiones y trabajos, de que se conocen muchos casos milagrosos, aunque los más no se han sabido por el cuidado que él tenía en encubrirlos; porque la piedad milagrosa de

su bienhechora no resultase en su propia alabanza o estima de su virtud.

Pero aunque de todas las festividades de la Virgen era muy devoto, más en particular lo fué de su Inmaculada Concepción, por ser para ella privilegio tan singular, y tan gloriosa para nuestra Orden su memoria, y tan antigua en ella la noticia de él.

Por esta devoción recibió de la Virgen en vida grandes favores, y en muerte está como testificándonos a lo milagroso cuán acepto le fué este servicio de singular alabanza. Porque entre las imágenes de Cristo Nuestro Señor y de su gloriosa Madre, que en la carne de San Juan de la Cruz se aparecieron, una de las más frecuentes es la Purísima Concepción. Con lo cual no sólo nos certifica de la grata aceptación de este servicio, mas también nos hace una como renovación de grandes misterios antiguos para que de nuevo los veneremos; ordenando la sabiduría divina (cuya es esta obra) que en la carne de este nuevo Elías se viera impreso el misterio, que tan anticipadamente imprimió en el entendimiento del Elías antiguo para gloria de la que había de ser su Madre. Porque como Abrahán vió en espíritu al Salvador del mundo con resplandores de su Divinidad, y se alegró; así el gran profeta Elías, nuestro Padre original, vió esta dichosa Virgen con los resplandores de esta milagrosa preservación del pecado original. Y la alegría que recibió, la comunicó a sus hijos, dejándoles noticia de tan grato misterio; en cuya verificación nos detendremos un poquito para consuelo de sus devotos y declaración de esta figura, que nos representa tan singular excelencia de su amable figurado.

Corriente doctrina es de los Santos aplicar a la Virgen aquella nubecilla pequeña que nuestro Padre Elías, estando en oración en el Monte Carmelo, vió que subía de la mar, al modo de una huella de hombre, y se extendió luego por todo el cielo, y regó y fertilizó la tierra seca e inculta. Pero los misterios secretos que allí descubrió el Señor al Santo Profeta, de que no hace mención la Escritura Sagrada, dejó escritos a sus hijos habitantes del mismo Monte, y cuya certísima noticia se fué trasmitiendo de unos a otros hasta el tiempo del patriarca Juan Jerosolimitano, autor muy grave y antiguo. El cual, en un libro que escribió de nuestras antigüedades, dice a nuestro propósito estas palabras: «Reveló Dios a Elías que una niña humilde, significada en aquella nubecilla que se levantaba del mar, había de salir de la naturaleza humana pecadora, significada por el mar; y que co-

mo la nube había procedido del mar amargo, pero sin amargura alguna; así esta niña había de proceder de la naturaleza pecadora sin pecado. Y aunque la nube era de su origen de la misma naturaleza que el mar, pero de diferentes calidades, pues el mar es amargo y pesado, y la nube suave y ligera; así también, aunque la naturaleza humana en cualquier otro individuo sea en su origen como la mar en el amargor del pecado; de otra manera fué la generación y origen con que la niña María salió de este mar salobre de la humana naturaleza; porque a semejanza de esta nube, salió ligera, con inmunidad de pecado, y suave con plenitud de gracia.»

Todo esto es de este autor antiquísimo y gravísimo; y añade que hasta su tiempo se conservaban estas memorias antiguas emanadas del santo Profeta Elías por el camino que se ha tocado. Y de sus palabras se puede ver con cuánta propiedad se llamaban alegorías estos escritos donde el santo Profeta dejó a sus hijos las noticias de los misterios, que Dios le había revelado debajo de semejanzas sensibles. Pues alegoría no es otra cosa que una figura retórica, que debajo de semejanzas conocidas y patentes significa sentidos ocultos y escondidos. El cual modo de conocimiento comunicó Dios muchas veces a sus Profetas, ilustrándoles el entendimiento para conocer muchos de sus misterios debajo de semejanzas sensibles. Y esto hizo también con nosotros esta imagen de la Concepción, figurada en la carne de nuestro nuevo Elías, que secretamente nos está como intimando cuán antigua es la obligación que nuestra Orden tiene a ser devota de este misterio sagrado, que nació con la misma Religión; pues tan en su principio y novecientos años antes del nacimiento de la Virgen tenían ya nuestros mayores tan acreditada noticia de su preservación milagrosa. Nos intima también cuán cuidadoso fué nuestro Sto. Padre en cumplir con esta obligación, para que le imitemos; pues no sólo debemos celebrar esta festividad por devoción, como las demás Religiones, sino también por obligación antiquísima, heredada de padres a hijos. por tantos siglos.

FR. JOSE DE JESUS MARIA, C. D.

(Vida de San Juan de la Cruz).